



Curso E-Quip de Fe y Vida Cristiana Ortodoxa

UNIDAD 1C: HISTORIA DE LA IGLESIA

29: El Secularismo y el Ateísmo (1900 - presente)

El Oriente

El Genocidio Armenio

A finales del siglo XIX las autoridades otomanas retiraron su protección al “Milet Sadika,” los “Fieles” o nación armenia. Los turcos temían que los armenios, igual que los búlgaros, estaban a punto de establecer un estado independiente con el respaldo de los rusos. Esta suposición no tuvo en cuenta la hostilidad implacable de los rusos hacia la independencia armenia la cual tendría inevitablemente como resultado la pérdida de territorio ruso y la independencia de la vecina Georgia (también una provincia rusa). En 1890 los otomanos incitaron a los turcos y los kurdos musulmanes contra sus vecinos armenios dando como resultado unas terribles masacres, al principio en el Ponto y luego se extendieron a Cilicia y después a otras partes.

Cuando el Imperio Otomano entró a la Primer Guerra Mundial de parte de las Potencias Centrales se sospechaba que los armenios organizarían una revuelta para apoyar a los Aliados. En 1915 a las tropas irregulares y a los voluntarios musulmanes provenientes del extranjero se les dio rienda suelta contra todos los centros de la población armenia. Los militares fueron traídos para que deportasen a todos los cristianos de las regiones cercanas a la “Frontera Oriental” o de las áreas amenazadas por los Aliados. Estas medidas tuvieron un impacto sobre los griegos, los levantinos y los sirios jacobitas, pero en el caso de los armenios y los asirios fueron implementadas de manera que recuerdan la “solución final.” Se piensa que desde 1915 hasta 1918 alrededor de un millón de armenios fueron asesinados o murieron durante las marchas forzadas en el Desierto Sirio, muchos fueron gaseados en campos de concentración en el norte de Siria. Las cifras son variables, pero la mayoría de los asirios fueron exterminados.

La “Catástrofe de Asia Menor”

Filadelfia, el último bastión bizantino en Asia Menor (Anatolia), fue tomada por los turcos en 1390. Sin embargo, los griegos y los armenios continuaron siendo un componente significativo en la población de Asia Menor hasta 1920. Los hablantes nativos de griego predominaban a lo largo de las costas del Egeo, el Mediterráneo y el Mar Negro tan lejos en el oriente como hasta Georgia en el Norte y Antioquía (Antakya en turco) en el sur. Algunas formas del idioma griego eran ampliamente usadas por cristianos y musulmanes en Jonia en el oriente, en Cilicia en el sur

y el Ponto en el norte. Ciertas formas del griego antiguo prosperaban en ciertos enclaves insulares como Capadocia junto con el “Karamanlí” un idioma turco único hablado por las comunidades cristianas. Esmirna (Izmir), Trebisonda (Trabzon) y otros centros urbanos constituían un foco para los griegos anatolios y atraían a los cristianos ortodoxos que emigraban de los Balcanes y de las regiones árabes. Esmirna llegó a ser conocida como la “Izmir Infiel” por los turcos pues los grupos cristianos dominaban la vida de la ciudad. Griegos, armenios y levantinos (católicos romanos) ocupaban distintos distritos de la ciudad mientras que comunidades importantes de protestantes y de asirios vivían cerca de los barrios musulmán y judío.

Después de la Primera Guerra Mundial Grecia respondió a la ocupación italiana de Attaleia (Antalya) ocupando Esmirna (15 de mayo de 1919). Aunque esto fue una medida para prevenir el cerco (los italianos estaban atrincherados en el Dodecaneso y habían ocupado Albania, vecina norteña de Grecia), se ajustaba a la “Gran Idea” o al proyecto de unión de todos los pueblos griegos. Los turcos reconocieron la amenaza y se defendieron fieramente. El Tratado de Sèvres en agosto de 1920 confirmó la presencia griega en Jonia y así provocó una mayor resistencia turca. La guerra continua irregular condujo a la campaña griega de 1921 que solo fue derrotada en el río Sangarios (Sakarya).

La derrota en la vecindad de Ankara condujo a retirada griega desorganizada y a la evacuación militar de Esmirna (8 de septiembre de 1922). Se afirma que solo en Esmirna los turcos masacraron hasta 50.000 griegos y armenios y quemaron los Barrios Cristianos de la ciudad. San Crisóstomo Kalafatis, el Metropolitano de Esmirna, fue brutalmente linchado cuando intercedió por sus feligreses (10 de septiembre de 1922). Alrededor de 1924 toda la población griega cristiana de Asia Menor había sido exterminada o expulsada, ya sea en el período subsiguiente a la derrota griega o en los intercambios de población posteriores. Los musulmanes de habla griega fueron eximidos del intercambio y pronto se unieron a sus hermanos expulsados de Creta y del norte de Grecia. Una pequeña comunidad de karamanlís sobrevivió estableciendo el “Patriarcado Ortodoxo Turco,” pero la vasta mayoría se unió a los 2 millones de cristianos ortodoxos que abandonaron sus hogares ancestrales para ser reasentados en Grecia.

Los cristianos ortodoxos de Constantinopla (Estambul), Antioquía (Antakya) y dos Islas Egeas (Imbros y Ténedos) fueron eximidas de este gran exilio. Los armenios de tradición ortodoxa, católica y protestante fueron eximidos en estas áreas, pero fueron expulsados de la mayoría de las demás regiones. Ambas comunidades sufrieron aún más persecución en 1930, en 1950 y en 1970 – reduciendo drásticamente su número de nuevo. Las comunidades sirias ortodoxas (jacobitas) se mantuvieron en el sur (alrededor de Mardin), pero todos los demás asirios restantes fueron deportados a Iraq y Siria. Aunque los levantinos (católicos romanos) sobrevivieron al apoyar el nacionalismo turco, la pérdida del antiguo centro cristiano de Asia

Menor (junto con importantes santuarios, monasterios y monumentos) aisló aún más a las minorías cristianas de los países árabes y de Irán. La represión turca de las minorías cristianas ha inspirado invariablemente medidas semejantes en los países árabes vecinos (especialmente durante la Primera Guerra Mundial y en 1920, siendo Egipto un claro ejemplo).

La República Turca

La resistencia turca a las Fuerzas Aliadas fue planeada y organizada por talentoso Mustafá Kemal, el héroe turco de Galípoli. En los días finales de la Primera Guerra Mundial dirigió las campañas contra las autoridades otomanas (colaborando ahora con los Aliados), los armenios y los georgianos en el oriente, los franceses y los italianos en el sur, los británicos en Chanak, los movimientos de renovación musulmana y los insurgentes kurdos. Después de la rotunda derrota de los griegos fundó la República Turca como Atatürk - el "Padre de los Turcos."

El nuevo gobierno había llegado a un acuerdo con los soviéticos y ganó la "neutralidad favorable" de las Grandes Potencias, dándoles libertad para encargarse de sus enemigos locales. El Tratado de Lausana (1923) consagró el reconocimiento internacional para esta nueva Turquía. Era un estado fundado sobre principios radicales, seculares y nacionalistas. Tanto el Sultanato Otomano como el Califato Musulmán fueron abolidos, se introdujo el Alfabeto Latino, los sufíes y otras hermandades musulmanas fueron violentamente suprimidas y se adoptó una forma de democracia.

Un intercambio de poblaciones regularizó la expulsión de las minorías cristianas problemáticas y trajo un gran número de musulmanes progresistas y educados de los países de los Balcanes y de la URSS. Aspirando a ser un estado-nación moderno la elite turca miraba hacia Europa y los Estados Unidos. En este contexto la existencia ininterrumpida del Patriarcado Ecuménico y el Patriarcado Armenio de Constantinopla parecían cada vez más una vergüenza, un recordatorio del pasado otomano y bizantino y un asunto "turbio."

El Patriarcado Ecuménico

Las autoridades turcas apoyaron al "Patriarcado Ortodoxo Turco" contra el Patriarcado Ecuménico, transfiriendo iglesias y propiedades al primero. Por varias razones, nada menos que por una serie de reformas protestantes, el "Patriarcado Ortodoxo Turco" logró poco apoyo. Aunque fue complementado por refugiados rusos en 1920 la población cristiana ortodoxa de Turquía se redujo casi a la mitad en cada década luego del establecimiento de la República Turca. Los pogromos contra las comunidades griega y armenia de Constantinopla (Estambul) en septiembre de 1955 (cuando 40 iglesias griegas fueron sometidas a ataques incendiarios) y de nuevo en 1974 tuvieron como resultado una emigración renovada, particularmente entre los griegos. En 1970 las restantes instituciones asociadas con el Patriarcado Ecuménico fueron

cerradas y mayores restricciones fueron impuestas sobre el libre movimiento de los jefes ortodoxos.

Sin embargo, en 1987 se les permitió a los ortodoxos restaurar una sección del Patriarcado que había sido destruida en 1941. Aunque el número de griegos en la “Reina de las Ciudades” había caído por debajo de unos pocos miles en 1980 los nuevos arribos provenientes de los países árabes doblaron la feligresía del Patriarcado Ecuménico y el 1990 los inmigrantes económicos del antiguo bloque soviético elevaron el perfil de los ortodoxos a través de Turquía. El actual Patriarca, Bartolomé, ha persuadido a las autoridades turcas que los líderes cristianos en Turquía son representantes fidedignos de la nueva Turquía en el Occidente, nada menos que abogando por la entrada en la Unión Europea. En este contexto cierto número de concesiones ya han sido ganadas o están bajo negociación y los turcos se sienten felices de reconocer un papel internacional para el Patriarcado Ecuménico. En un mundo aquejado de problemas, los turcos están descubriendo las ventajas de ser los anfitriones de un Patriarca que puede dirigirse a una audiencia internacional y hablar en contra de los rusos (ya sea en relación con el resurgimiento de las Iglesias Ortodoxas de las antiguas Repúblicas Soviéticas o la liquidación de los rusos griegos bajo Stalin).

Chipre

En 1878 Gran Bretaña firmó un acuerdo con los otomanos por medio del cual los británicos administrarían la isla para el Sultán. Al igual que bajo los turcos, cada aspecto de la vida de la Iglesia estaba estrechamente regulados. Esta disposición se mantuvo hasta la Primera Guerra Mundial cuando la isla fue anexada al Imperio Británico. La comunidad mayoritaria, los griegos chipriotas, comenzaron a aspirar hacia la unión con Grecia cuando los británicos ofrecieron ceder la isla a Grecia en 1915. Cuando la isla fue declarada Colonia Británica en 1925 comenzaron los problemas. Una serie de sublevaciones contra los británicos pronto provocaron el conflicto intercomunitario entre los griegos y los turcos chipriotas. Finalmente, se le concedió la independencia en 1960 y el Etnarca ortodoxo, Makarios, fue elegido presidente. La violencia intercomunitaria estalló de nuevo después de 1963 y cuando los griegos devolvieron el golpe en 1974 los turcos invadieron y dividieron la isla, expulsando a la mayoría de los cristianos del norte de la isla. Esta división continúa, aunque el norte es ahora una entidad cuasi-independiente, y los intentos de reconciliar a ambos bandos han tenido poco éxito.

La Revolución Rusa y la Era Soviética

En las últimas décadas del siglo XIX un número de movimientos políticos radicales surgieron a través del Imperio Ruso, en general, proclamando el ateísmo. Los grupos revolucionarios estaban inspirados por los ideales del “socialismo científico” y estaban convencidos cada vez más de que el derrocamiento violento tanto de la monarquía como de la Iglesia eran un requisito

previo para el progreso. Después de la toma del poder por los bolcheviques en noviembre de 1917, el nuevo gobierno soviético instituyó la persecución sistemática de la Iglesia, que consistió no solo en la confiscación de las propiedades eclesiásticas, sino también en el encarcelamiento y en el asesinato de gran número de obispos, sacerdotes y religiosos, un patrón que sería imitado, con mayor o menor ferocidad, por otros regímenes “revolucionarios” de Europa Oriental más tarde en el siglo.

Los bolcheviques habían estado atacando a la Iglesia Ortodoxa mucho antes de llegar al poder. Al final de una sangrienta guerra civil con los Rusos Blancos el nuevo liderazgo soviético fue capaz de reunir partidarios para un asalto mayor contra la Iglesia (1921-1922). El Patriarca de Moscú, San Tijon Belavin, fue arrestado en 1922 como enemigo del estado. A través de la URSS los cristianos ortodoxos fueron acosados, encarcelados o ejecutados, mucho después del final de las luchas intestinas. La “Iglesia Viva” fue fundada en 1923 para debilitar la posición del Patriarcado y apoyar al nuevo gobierno. Al principio incluía a numerosos reformadores sinceros y a elementos progresistas, pero al final fue liquidada por Stalin. Se le exigió una declaración de lealtad al Patriarca Tijon en 1923. Esta fue proclamada totalmente bajo su sucesor provisional, Sergio Stragorodski, en 1927.

Luego de la total subyugación de la Iglesia a los ateos soviéticos militante cierto número de grupos en el extranjero afirmaban que era imposible mantener lazos con Moscú. La Iglesia Ortodoxa Fuera de Rusia cortó sus vínculos en 1928 y la “Metropolia” del Obispo Eulogio Georgievski se unió al Patriarcado Ecuménico en 1931. Esta Metropolia de Francia será recordada por el número de sus grandes santos, como Santa María Skobtsova (gaseada por los Nazis) y por la asombrosa canalización de la creatividad intelectual y académica, nada menos que en el famoso Instituto de San Sergio en París.

Se promulgaron nuevas leyes soviéticas en 1929 que restringían cada aspecto de la vida de la Iglesia y suprimieron la expresión de cualquier fe (al inicio los bolcheviques se habían concentrado en la Iglesia Ortodoxa como la más perniciosa). Las purgas estalinistas exigieron un terrible número de víctimas en cada nivel de la Iglesia hasta el más elevado. Milagrosamente, Stalin consintió una renovación de la vida de la Iglesia entre 1941 y 1945 durante la Segunda Guerra Mundial como reconocimiento por la resistencia inspirada por la Iglesia Ortodoxa a través de Europa (el apoyo a la “Gran Guerra Patriótica”). Se restauró el Patriarcado y Sergio Stragorodski fue designado como patriarca en 1943. Se le permitió a la Iglesia restablecer sus relaciones internacionales, al menos con las parroquias ortodoxas del exterior, para que se dedicaran al diálogo ecuménico y participaran en el movimiento por la paz.

El ascendiente del Nikita Jruschov (1958-1964) representó un “deshielo” para los intelectuales y un respiro para los disidentes, junto con un ataque renovado e inmisericorde a la Iglesia Ortodoxa y a otros grupos de fe. En esos años más de la mitad de las iglesias supervivientes

habían sido o destruidas o cerradas y los líderes y los cristianos ordinarios fueron confinados en salas de psiquiatría. Los años de Leonid Brezhnev vieron el surgimiento de cierto status quo. Inesperadamente, la celebración del “Milenio de Bautismo de la Rus” trajo una gran revitalización a la Ortodoxia Rusa.

La Iglesia Ortodoxa Rusa Fuera de Rusia

También conocida como la “Iglesia Rusa en el Exilio” o “Iglesia Ortodoxa Rusa en el Extranjero” o “Sínodo de Karlovci.” Esta Iglesia surgió de una jurisdicción autónoma que fue formada por un grupo de obispos rusos del sur que se encontraban en el territorio ocupado por los Blancos durante la guerra civil rusa de 1919-1921. Fueron inspirados por la decisión del Patriarcado Ruso en 1920 de confiarle el liderazgo al Metropolitano Antonio Jrapovitsky (desde 1919 hasta su muerte en 1936). Este grupo siguió a los cosacos derrotados y a otros regimientos blancos hasta Constantinopla, Grecia o Yugoslavia. Se estableció un Sínodo en Karlovci en Serbia y, al gozar del patrocinio serbio ortodoxo, fue inicialmente reconocido por las Iglesias Ortodoxas Orientales como responsable de la regulación de los asuntos eclesiásticos de los emigrados rusos. Sin embargo, en 1928, cuando el Sínodo rompió relaciones con Moscú, la mayor parte de las Iglesias Ortodoxas Orientales le habían retirado su apoyo, en gran parte para respaldar a la Metropolia Rusa autónoma (Francia y América).

Después de la Segunda Guerra Mundial el Sínodo se trasladó a los Estados Unidos de América, pero continuó manteniendo relaciones con los ortodoxos serbios y el Patriarcado de Jerusalén. En 1960 el Sínodo de manera polémica extendió su protección a un número de Iglesias Veterocalendaristas en Grecia y Chipre. Este proceso se repitió en Rumania y Bulgaria en 1990. El “Ecumenismo” fue anatemizado en 1983. Luego de los problemas en Palestina, el Sínodo estableció una jurisdicción en la antigua Unión Soviética (1990), entrando en un conflicto cercano con el Patriarcado de Moscú. Sin embargo, en años más recientes se ha alcanzado una reconciliación con Moscú y las dos Iglesias se unieron en 2008.

A través de este período, el Sínodo jugó un papel desproporcionadamente importante en la vida en despliegue de las Iglesias Ortodoxas a nivel mundial. Se debió al número de figuras carismáticas, nada menos que a San Juan Maximóvich el obispo de Shanghái y San Francisco (†1966), y al compromiso con los principios que inspiraron a los ortodoxos tradicionalistas y extremistas en muchos países. El Sínodo glorificó a los Mártires Reales Romanov en 1981 y promovió la veneración de los Santos Ortodoxos Occidentales desde que entró en el exilio por primera vez.



El Occidente

El Legado de las Escuelas Teológicas Protestantes Alemanas

Søren Kierkegaard constituye el eslabón entre el pensamiento cristiano protestante del siglo XIX y XX. Reaccionó contra el liberalismo de las escuelas alemanas y, sin embargo, su subjetivismo sembró las semillas de una nueva deconstrucción de la fe más radical. El primer eslabón en la cadena es Karl Barth (1886-1968) el teólogo suizo magistral que insistía que, tras la Primera Guerra Mundial, todos los intentos de bautizar el progreso, hegeliano o de cualquier clase, no podían encarar los problemas del mal, el conflicto y el sufrimiento. Barth desarrolló una teología dialéctica cuyos polos conciernen a la ruptura de la relación entre Dios y el Hombre por el pecado en lugar de la realización de Dios en el proceso histórico. Su neoortodoxia revisionista, sin embargo, retuvo el individualismo y la aversión a la racionalización de Kierkegaard. Otros elementos, especialmente su revisión de la predestinación, persuadieron a algunos que era un universalista encubierto. Su dedicación a la crítica bíblica y su socialismo lo convirtieron en una figura ambigua para los calvinistas clásicos que añoraban un regreso a la pureza de la religión reformada. Es una figura interesante y atractiva de muchas maneras, nada menos que por su vigorosa oposición al fascismo y su habilidad para despertar el interés de los teólogos católicos romanos.

Aquellos que siguieron la estela de Barth, especialmente los nuevos buscadores alemanes del Jesús histórico, estaban menos restringidos en su búsqueda para desenterrar el núcleo de revelación dentro de las Escrituras. Rudolf Bultmann usó a Strauss contra Strauss al proponer un gran proyecto de desmitologización de las Escrituras, descortezando todos aquellos elementos que supuestamente oscurecían la claridad del Cristo histórico. Al final, él mismo se conformó con el Cristo de la fe, pues su escepticismo histórico antieclesiástico no le permitía hacer otra cosa. Otros hijos barthianos recurrieron a la filosofía, como lo habían hecho una vez sus antepasados del siglo XIX, y de nuevo con una tendencia creciente hacia la readaptación radical de la narrativa cristiana. Paul Tillich (1886-1965) abrazó el existencialismo, otro de los legados de Kierkegaard, y presentó el cristianismo abocado a las antinomias fundamentales de la existencia humana. Entretanto, las tendencias secularizadoras en las sociedades occidentales ganaban velocidad, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial con la privatización de la religión alimentada tanto por el consumismo como por el pietismo individualista o los movimientos evangélicos y carismáticos dentro de las iglesias occidentales.

Roma - una Tradición en Transición

Roma no pudo librarse completamente de estos desarrollos en la teología protestante. Tras el Concilio Vaticano I hubo inicialmente una reacción en contra del modernismo católico en sus

buenos tiempos entre 1890 y 1910 conducido por Pio X. Que hayan existido tales intentos de presentar el catolicismo de manera más consistente con el pensamiento occidental más contemporáneo se debe en parte a la diplomacia y a las actitudes más abiertas del predecesor de Pio, León XIII que confirió el capelo cardenalicio a Newman, sospechoso en ese momento, injustamente en retrospectiva, de liberalismo debido a su enseñanza sobre el "Desarrollo de la Doctrina." León alentó a una nueva generación de jóvenes católicos a explorar las vías mediante las cuales los hallazgos de la crítica bíblica y los vislumbres de la filosofía contemporánea pudiesen ser aprovechados para la tarea de la Iglesia. La obra de Alfred Loisy (1857-1940), el Barón Friedrich von Hügel (1853-1925) y el Arzobispo francés Mignot fomentaron el caso modernista. La obra de Loisy "El Evangelio y la Iglesia" (1902) por primera vez desafió las presunciones y la agenda del protestantismo liberal propuesto por Sabbatier y Harnack sobre los terrenos histórico y teológico e insistió en que el cristianismo y la cristología no podían ser divorciados.

Semejante avance alentador en la apologética católica fue, sin embargo, estrangulado en su nacimiento por Roma. No toleraría ningún cambio en los principios de la ortodoxia tomista escolástica, mal adaptados como estaban a los retos del pensamiento occidental contemporáneo. Como Lamennais antes de él, Loisy se retiró como un hombre destrozado y fue al final excomulgado. Otros hicieron suya la lucha incluyendo al Padre George Tyrrell (1861-1909), pero también fueron silenciados. Alrededor de 1910 Pio X había extinguido el movimiento, y había impuesto sobre todos los ordenandos un juramento antimodernista y retrasado la causa de la investigación bíblica católica por una generación. La Pontificia Comisión Bíblica creada por León XIII fue secuestrada por los conservadores y usada para reforzar la estricta adhesión a ortodoxias anacrónicas y anticuadas. Después de la muerte de Pio X en 1914, sin embargo, y bajo la guía más iluminada de Benedicto XV, los modernistas lograron su victoria póstuma tanto respecto a la investigación bíblica como a la aceptación del desarrollo doctrinal. Roma al final comenzó a engranarse con el mundo moderno, pero no remedando el protestantismo liberal de las escuelas alemanas. Realmente por su dedicación a la vitalidad de un catolicismo dinámico fue capaz de promulgar dogmáticamente lo que hasta la fecha habían sido unos simples aspectos de la antigua piedad católica, de forma notable en particular la definición del Dogma de la Asunción de la Bendita Virgen María en 1950 por el Papa Pio XII.

Visto a la luz de las batallas de dos generaciones previas, el radicalismo del Concilio Vaticano Segundo parece menos sorprendente. Cuando Juan XXIII anunció su intención de convocar este Concilio en 1959 el mundo estaba asombrado, pero no lo estaba menos cuando fue convocado en 1962 y los decretos y las reformas fueron anunciados en los años subsiguientes. El Papa no vivió para ver el final del Concilio y es justo decir que su sucesor, Pablo VI le puso un pie papal a veces no tan gentil al freno. No obstante, y como resultado de los movimientos ecuménicos y

litúrgicos precedentes, el Concilio dio nueva forma al catolicismo romano al responder con un espíritu abierto a los desafíos del siglo XX. La Iglesia postconciliar, sin embargo, no salió ilesa. Las vocaciones sacerdotales y religiosas disminuyeron significativamente, especialmente en el occidente. Quizás hubiera sucedido de cualquier manera y tal vez de forma mucho más severa en la ausencia de tal Concilio. Sin embargo, tales problemas son recordatorios oportunos de que las pérdidas de la Ilustración quizás requieran de una cirugía más profunda y un tratamiento mucho más largo.

Las Revoluciones Protestantes y el Surgimiento de Nuevos Movimientos Religiosos

Para las tradiciones protestantes el 1960 fue también un tiempo de fermento justo a través del espectro de la fe y la práctica, pero los resultados han sido mucho más caóticos. Esto ha de verse en el contexto de las revoluciones sociales, culturales e intelectuales que barrían Europa y América en esa época y en la permeabilidad general de las tradiciones protestantes al cambio social. La oposición a la Guerra de Vietnam, las armas nucleares, la economía capitalista y un salto generacional que desafiaba las creencias y las estructuras establecidas y enfrentó a la generación más joven contra los valores y los logros de sus padres. Los años 60 convulsionaron a las iglesias reformadas al estimular nuevos movimientos religiosos, cristianos y no cristianos que asumieron la forma e ideología de los grupos alienados que clamaban por reformas en favor de sus comunidades. Así que las teologías ahora se vistieron con prefacios adjetivales y sus pioneros se convirtieron en héroes de causas particulares, honrados con cátedras profesionales en la academia. La creatividad teológica llegó con un costo enorme pues las nuevas ideas seguían intereses sectarios y fracasaron en proveer una plataforma coherente a través de todo el occidente como un todo.

La lista de estas teologías es impresionante y ha continuado creciendo sin cesar desde entonces. Así que en la primera ola hubo teología negra, teología feminista, teología del proceso, teología de la liberación, teología *queer*, teología existencial, teología secular, teología no realista, teología de la muerte de Dios. En la segunda ola y con el surgimiento del posmodernismo radicalmente relativista, fueron añadidas la teología deconstructiva, la teología reconstructiva, la teología narrativa, la teología débil y la ortodoxia radical (¡que no tiene nada que ver con la Ortodoxia!)

La primera ola de teologías generó intolerancia de oposición al desestimar las perspectivas contrarias, por su lenguaje recalcitrante y sus costumbres poco refinadas. La “jerga” de Orwell parece increíblemente profética al respecto. De hecho, ha existido una irracionalidad omnipresente en todo el movimiento especialmente cuando tomamos en consideración las variantes anti-intelectuales, místicas y altamente subjetivas de las devociones neocristianas influidas por las espiritualidades extáticas e incluso Nueva Era¹, como examinaremos ahora.

¹ O New Age (N.E).

Las raíces de esta tendencia pueden verse en los mismos márgenes del pentecostalismo, él mismo al principio un respetable producto del Movimiento Wesleyano de Santidad de principios del siglo XX. La primera forma distribuida del pentecostalismo en las denominaciones históricas se manifestó como el Movimiento Carismático que trajo alguna antigua promesa de renovación y reforma al árido intelectualismo de la primera ola. Las variantes posteriores, sin embargo, se hicieron más tangenciales incluso al cristianismo. Algunos grupos infundidos por el Espíritu, por ejemplo, se paganizaron, notablemente la comunidad Findhorn, y se fundieron imperceptiblemente en el espectro de la Nueva Era mientras que otros practicaban una forma más abiertamente cristiana de la posesión espiritual extática, tipificada por la denominada Bendición de Toronto, que iba más allá de la glosolalia hacia los estados alterados de conciencia. Estas teologías rápidamente fragmentadas e ideológicamente excéntricas han generado nuevas formas de culto cristiano, extático, sincrético, impresionista y programático (o sea, con un fuerte sentido de adoctrinamiento por medio de la manipulación emocional y la deformación lingüística, a menudo con carácter de culto). Las víctimas de este crecimiento en los cultos neocristianos han incluido, particularmente, los suicidios-asesinatos masivos de 909 miembros del “Templo del Pueblo” de Jim Jones en Guyana en 1978. Tenemos entonces la ironía final de que, a finales del siglo XX, la Era de la Razón había engendrado a tanto Hijos de la Sinrazón, no pocos de ellos no solo “chiflados” sino también una amenaza pública. Los nuevos movimientos religiosos protestantes contemporáneos, aparte de los grupos evangélicos que vuelven a las viejas ortodoxias en nuevos vestidos, podría decirse que en gran parte han perdido el rumbo en un matorral de subjetivismo e iluminismo. Incluso las formas contemporáneas de gnosticismo no parecen ahora ser una perspectiva muy distante. Lo que parece unir a todos estos movimientos poscristianos juntos aparte de su subjetivismo anti-intelectual es un rechazo hacia el compromiso político.

En otros sentidos el rechazo protestante tradicional de la autoridad eclesiástica continúa sin obstáculos y ha evolucionado hacia las formas más fantásticas. Nunca las teorías conspirativas han sido tan activas en la esfera religiosa ... siendo la suposición básica que el cristianismo ha desplazado una forma esotérica más auténtica y que esta ha de ser recobrada, refrendada y promovida. Dan Brown y John Allegro han convertido estas fantasías en un negocio decoroso. Es el Área 51 del disenso neo-gnóstico; un cuento fascinante, pero es sencillamente el reflejo de una cultura poscristiana que sopla de aquí para allá según la última teoría y que a menudo es considerada por el crédulo como verdad del evangelio. ¡El fundamentalismo es realmente una bestia de muchas cabezas! En el otro extremo del espectro protestante se observa también la tendencia opuesta: una apropiación ideológica de la ética social cristiana dentro de un marco teológico posmoderno y relativista.

Considerados como un todo deberíamos caracterizar, por lo tanto, a estos neo-cristianismos diversificados e incompatibles como Nuevos Movimientos Religiosos en lugar de “protestantes” ya que el término ha dejado de tener algún significado coherente. La fuerza conductora detrás de todos ellos es una noción consumista de la religión, quizás un factor secularizador incluso más fuerte que la separación de la Iglesia y el Estado que da espacio para que estas elecciones puedan ser hechas. El cristianismo heterodoxo se ha convertido en un verdadero smorgasbord² de opciones religiosas en proliferación que en última instancia llama la atención de la persona que escoge cuál forma tomará luego, junto con sus asociados y toda su comitiva. A pesar de las iteraciones del ateísmo en oferta, el descreimiento parece un paisaje atractivo y poco complicado para algunos. Por supuesto, aquí es donde los dos secularismos, el religioso y el no religioso, se encuentran.

¿Brotos Verdes de Ortodoxia?

La pandemia de coronavirus de 2020 tuvo un profundo efecto en la conciencia social de nuestra mortalidad y la fragilidad de la vida en este mundo. La Generación Z, concebida por sus predecesores, los Millennials, ha repudiado en gran medida el hedonismo y el materialismo desenfrenados de la generación de sus padres. Aunque todavía viven dentro de un espacio pluralista de filosofías, ideologías y religiones que compiten entre sí, esos jóvenes adultos veinteañeros de la década de 2020 que buscan a Cristo se sienten atraídos por la Iglesia Ortodoxa como la expresión auténtica del cristianismo. Gran parte de la evidencia de este cambio en la percepción social y la renovación espiritual es, en el mejor de los casos, anecdótica, pero podría decirse que está bien fundada. Es de esperar que el aumento del número de los que son recibidos por el bautismo o la crismación en la Iglesia realmente represente los tan esperados brotes verdes de recuperación (a largo plazo) para el cristianismo, particularmente en Occidente, aunque de ninguna manera limitado a Occidente.



² Del sueco Smörgåsbord: es un bufé elaborado con diferentes ingredientes típicos, en los cuales las personas se sirven lo que desean, se conoce también como “mesa sueca” (N.E).